



MANUEL LINARES RIVAS

No trato de hacer un prólogo, sino una semblanza, ó, mejor dicho, una ofrenda.

Es tan culminante la personalidad del insigne escritor y tan menguada la mía, que el solo hecho de pretender encabezar un libro suyo, rico, generoso, subyugador, con unas palabrejas mías, zafias, ramplonas y pueriles, supondría atrevimiento, por no llamarle pirueta de payaso.

Pero...

Yo tenía que pergeñar unos renglones, avanzada de esta obra, cebo para el enemigo, prólogo en el caso de admitir el vocablo sin que tenga sonido de ultraje... Así lo ha dispuesto quien ha podido, y así se ha hecho con los libros anteriores á éste, que ha publicado la «Biblioteca de Escritores Gallegos» para deleite de dioses y envidia de morta-

les, á excepción de mi Encanto de sus manos, que, como urdido por las mías, había de resultar desencantador.

Pero torno á mi cuento.

Decía que, hallándome en el trance de pergeñar las tales desdichadas palabrejas, tuve la fortuna de toparme con el ilustre comediógrafo, y el atrevimiento de manifestarle mis propósitos.

—Estoy haciendo un prologuito para su obra. ¡Cosa final!

Linares guiñó un ojo, sonrió largamente con esa su sonrisa epigramática, y me atajó.

—¿De incógnito?

—Y riguroso. ¡Quién se atreve á firmar!

—Usted mismo.

—¿Yo?

—Sí. Bajo su firma evitaremos el exceso de elogios que me dispararía cobijado bajo el anónimo cobarde.

—Entonces, ¿quiere usted que me atreva?

—Lo exijo, si con ello va ganando mi modestia. Diga de mí, muchas atrocidades.

Y el poeta de Bodas de plata, el trágico de La divina palabra, el irónico de El abolengo, el cantor delicado, exquisito, de El caballero Lobo, sonrió nuevamente y desapareció. Yo me quedé un instante pensativo, no sé

si orgulloso, no sé si cuitado. ¡Prologar á Linares! El estupor de una pobre obrerilla á quien de pronto le entregaran oros, tules, sedas, plumas, brocados y joyas, no se pudiera comparar con mi estupor. Pero, ¡qué diablo!, al fin la obrerilla hubiera encogido sus hombros y hubiera dibujado en su boca un mohín de vanidad para decir: «Cuando tales cosas me regalan, debo merecerlas.» Y así yo, encogí también los hombros, resplandecí un momento y exclamé: «¡Bah!, cuando el caudillo lo manda, debe fiar en la pericia de este soldado, un poco espadachín y bravucón, pero falto de toda insignia, prebenda, señorío, blasón y merced ganada en las contiendas literarias.»

Y aquí me tienes, lector, á vueltas con mi propio azoramiento y con mi propia incapacidad, prologando al autor de María Victoria.

Pongo un dedo sobre mi mejilla, bajo los ojos, medito...

De bueno, nada debo decir. ¿De malo? ¿Será posible escurrir alguna maledicencia?

¡Ah, sí!

Oye, lector.

Linares Rivas será todo lo ameno, lo culto, lo refinado, lo psicólogo, lo ingenioso, lo tierno, lo genial que quieras, lector de mi alma. Pero Linares Rivas tiene un tremendo, un formidable defecto que no quiero dejar inadvertido.

Linares Rivas es el único dramaturgo gallego y uno de los primeros de España. No sólo me complazco en reconocerlo, sino que, para mí, lo tengo por el mejor, que si bien no compuso Los intereses creados, dió la zarpa de su lobo un tan fiero arañazo al gallo de Rostand, que lo dejó cacareando y moribundo. Todo esto es verdad. Pero hu tenido Linares una mala ocurrencia, imperdonable, que habrá de pagarla cara.

Linares Rivas es un maravilloso cuentista y un novelista egregio, como lo prueba el libro presente. Es un espíritu atento, complejo y sutil. En su intelecto hay fulgencias galas, todo delicadeza; ramalazos castellanos, todo enjundia; y agudezas galaicas, todo sagacidad. Pero en su vida hay un yerro inaudito que no admite disculpa.

Linares Rivas es, además de esto, un hombre adorable, con el que se puede conversar sin temer al monstruo, sin que sea necesario conmoverse ante un insólito parto de la

Naturaleza, como acontece con más de cuatro zarramplines. Es un hombre sencillo, con una ingenuidad ¡tan frívola, tan divinamente banal, con un tan poco remontarse á las nubes y un tan mucho descender á la tierra...! Es un hombre que á solas se codea con Hugo, y en compañía con Balsa de la Vega. Pero, ¡es tan grave su culpa!

Y, finalmente, Linares Rivas, al que debe su región un admirable literato y su dramaturgo único; al que debe una ejecutoria de hidalguía espiritual; al que debe eterna gratitud por haberle ofrecido su mejor obra, una estupenda, definitiva obra, su Flor de los pazos, todavía inédita, leyendo la cual, se humedecieron mis ojos, se hendió mi corazón, y corrió por mis nervios el calofrío de lo que es soberano en arte, Linares Rivas no ha incurrido todavía en la vulgaridad de admitir un banquete, ni de tener calle, ni de aceptar una estatua. Pero...

Pero no puedo seguir escribiendo. Con lo que llevo dicho terminó el espacio que en este libro, llamado á ser inmortal, le ha sido permitido á mi pluma pecadora. Casi siento deseos de callar el gran delito de Linares.

¿Cuál es?

Su candidez paradisiaca.

¡Se ha fiado de mí!

Buscó mi firma para evitar el rubor de unos elogios.


No sé si están hechos. Algunos más añadiría si dispusiera á mi antojo del papel que me falta.

¡Fiarse de mí!

Maestro, admito como justo su rencor. Merezco sus iras. Pero en otra ocasión hará falta mayor suspicacia.

Que si usted es gallego y, por lo tanto, un poquitín cazurro y un si es no es desconfiado, yo no lo soy menos, y por una vez he dado ciento y raya al más listo de cuantos tuvieron la suerte de nacer en Galicia.

Luis Antón del Olmet





MIENTRAS SUENA LA GAITA...

I

A PARTADOS cien metros... y ya la romería no era más que un rumor y un débil centellear de gusanitos de luz, que á eso no más se asemejaban los farolillos de papel de colores, puestos en las mesas y en las varas de los carros para alumbrar á los consumidores de rosquillas, de jarros de vino y de efigies del Santo Patrono, el señor San Cosme. Y todo por igual, rosquillas y medallas, entraban en el consumo, que si unas alimentaban el cuerpo, las otras eran espiritual alimento de los romeros...

Cien metros apenas y ya la montaña recobró su augusta soberanía, hecha de silencio y de misterio y de ramas que crujen porque los tramos se balancean en ellas ó porque la Madre Diablesa las pisa torpemente con su mal andar de cojuela y su mal ver de bisoja, que hasta por las rogedas deja marcada su planta de tres uñas, que no hay fuerza de hombre que la borre durante la noche, y sólo el canto del gallo y el alborear del sol logran borrarla con la luz del día...

La luna andábase en juegos con las nubes, y

unas veces era claridad y otras eran sombras. Pero más miedo aún eran las claridades, que al filtrarse en lo alto por los pinos y en bajo por los contornos de los cómaros, siguiendo las caprichosas líneas de las retamas, formaban luego en los claros unos dibujos de personas y de bestias tan deformes, que así Dios me salve como que eran retratos de almas en pena, á no ser que fueran las mismas almas que, sin cuerpos, se reposaban del eterno caminar á que por su castigo venían condenadas...

Yo no juro que lo fueran, que en eso del jurar hemos de andarnos más por lo despacio para no hallarse en camino de perder la salvación más que deprisa, pero sí digo, con la fe del señor abade de Monteferroso, que es hombre de bien y de luces naturales y más va para santo, que Dios permite muchas veces que tales dibujos, hechos en la sombra por donde faltan los resplandores, sean linajes y parecido de seres del pecado, y de Monteferroso mismo, el dicho señor abade tuvo que ahuyentar de las puertas de una casa el retrato mortal de una mujer que en vida fuera coima, que es como decir que fuera mala y que le anduvo en pasos de cortesana, para no mentar cosa de peor entender en oídos de gente honrada.

Cien metros llevaban ya alejados de la romería. La luna no era más que un resplandor, y la gaita, que sonaba ronca y monótona, no era más que un eco, y la moza y el mozo seguían su rumbo, sin rumbo ni dirección, buscando más las sombras que los claros, que á nada tenían miedo, ella pensando en el miedo de llevar tan cerca al mozo, y el mozo embebido con el ansia de ella.

¿Cómo fué...? ¡El diablo que lo cuente...! que andanzas son de demonios estos besos que comienzan furtivos y acaban quietos y posados en los labios, como pájaros que en su propio nido entraron á descansar, y quedos se estan porque en lo suyo se huelgan. ¡Que lo cuenten los viejos, reidora la desdentada boca y entornados los ojos por la maliciosa complacencia del que piensa que es propia la ajena picardía! ¡Que lo cuenten los mirlos, que dejan el cantar buscando á saltitos los granos de maíz y los insectos, y en seguida dejan el comer para cantar de nuevo! ¡Que lo cuenten, si quieren, las mismas mozas, que todas ellas saben en dónde está la mala de tomillo y de hierbaluisa que hace resbalar á las mozas cuando el mozo amoroso las empuja...!

El caso es que fué. Sonaba la gaita cuando abandonaron el círculo de bailadores; sonaba, mientras seguían, vereda arriba, por la santa montaña en que el señor San Cosme tiene su ermita, y sonaba aún, rumorosa y mansa, cuando sus oídos dejaron de escuchar todos los sonos de la tierra para entender la divina estrofa que á Venus se ofrece y que Priapo consuma, en honor de su madre Afrodita y de su padre Dionisos.

Nublóse la luna, cantó el ruiseñor, alelearon más rápidas las palomas salvajes, y la tierra entera, como ánfora consagrada, exhaló en el rocío un vaho de perfumes y de agrestes aromas que envolvieron, en divino sahumo, la ofrenda de los sacrificadores al humano deseo.

Y mientras ellos suspiraban, cada vez más rápidos, y á la fin cada vez más hondos, más entrecortados, con los suspiros y con el gemir del aire y con el frote de las hojas del suelo, que también á gemidos se daban traza, mezclóse el

son, de eterna suspiradora, que la gaita da á los vientos y los vientos esparcen por montes y valles, llevando á los senderos y á los casales y á las aldeas, como el eco del canto de unos dioses que no supieran más que llorar ó de unos mortales que aún no hubiesen aprendido á reír...

Alzado ya el mozo, alzóse también la moza; cogiéronse de las manos, y en silencio caminaron juntos.

II

El Véspero ya no brillaba; las demás estrellas lo obscurecían, y el pobre lucero de la tarde, que momentos antes diputábase como único encendedor de la celeste bóveda, era después uno más en la miriada de millones de luces que aún no aciertan á iluminar la tierra. La luna, á modo de la Morería, cubríase casi por completo de cendales vaporosos, y el aire, agitándolos caprichoso, trazaba curvas y líneas rectas en tan confuso tropel, que la pálida Diana, más que serena diosa, á fuerza de muecas, parecía cotarrera mujer que de todo se burla.

El camino por la montaña, que en un principio fuera de empinada subida, convirtiérase ahora en un portel, áspero por los guijarros y medroso por la obscuridad que ambas paredes concentraban, para salir de pronto á un inmenso llano recubierto de maizales opulentos, que sólo en contados espacios terreaban, y de trecho en trecho algún pino manso elevaba su gentil silueta y su copa bruscamente recortada en la lejanía del cielo, como desafiador y galano airón de un invisible guerrero. Después, el sendero retorciase

por los flancos del monte, y en fatigosos recodos iba subiendo para tornar cien veces al mismo sitio, mirando en línea recta y tal como si por una espiral hubiera que ascender.

Xan de Portavella—el mocero más mocero en cuatro leguas á la redonda y el que mejor sabía mañanear, siempre de vuelta y nunca de ida, que sus madrugadas eran de puro trasnochador...—y Miguela—la del Santiso de Portomouro, la que llevaba en el mantelo una cruz bordada para que los diablos le tuvieran respeto á su dueña, y en los ojos más diabluras de las que el mantelo bendito pudiera ir amparando; la que punteaba la riveirana hasta que el mozo, por bailar que fuera, rendíase vencido; la que miraba de frente hasta que la otra mirada se humillaba; la que reía de las malicias y maliciaba de las palabras que aún no se dijeron...—Xan y Miguela seguían cogidos de las manos y sin cambiar palabra.

En un brusco recodo de la senda volvieron á vislumbrar las luminarias de la escondida romería, y el eco, juguetón y travieso, trajo otra vez los sonos apagados de la muífeira.

Y Xan y Miguela se detuvieron, y los dos se miraron y los dos sonreían, pensando á la par los dos en lo que puede suceder mientras suena la gaita... Todo aquello, desde el bailar fatigoso y el apartarse después de los grupos bailadores, el caminar juntos y el caer sin separarse; todo aquello, que revolucionaba la vida, metiéndose cerca de las lindes del señor demonio, bajo la protección y en el día de la fiesta del bendito señor San Cosme; todo aquello, que á eternidades se parecía, sucedió en el breve espacio de una tocata, y la tierra que nunca se labrara, era

hoy ya tierra fecunda, y el señor San Cosme sabría si era también tierra fecunda, que todo pudiera ser, sabiendo solamente lo que fué y lo que pasó mientras sonaba la gaita...

III

(La reidora moza, no refa. Colgósele del brazo y arrimó los labios al oído.)

MIGUELA

¡Mala la hicimos, Xan...!

XAN

¿Y mala por qué, Migueliña...?

MIGUELA

Que la señora madre va á saberlo...

XAN

Si tú no lo paras...

MIGUELA

Y más sin decírselo.

XAN

¿Se lee en los ojos?

MIGUELA

Por lo de ahora, no; pero de aquí á su tiempo, voy á pasar muchos tiempos de sustos.

XAN

De aquí á destonces, le han de pasar también muchos raposos.

MIGUELA

¿Casarás tú antes?

XAN

Casaré.

MIGUELA

¿Palabra de qué, me das...?

XAN

De hombre.

MIGUELA

Son embusteros.

XAN

Los que lo sean, que á mí las mentiras aún no me comen, y por las mías no secará el agua de la fuente ni dejará la hierba buena de serenarse al abrigo del rocío, que mis palabras son de cumplidor y de hombre de bien.

MIGUELA

¿Pero hasta jurarlo no vas...?

XAN

¡Y voy también! Que los dientes se me desmedren y los ojos me brillen, como á lobo con

hambre; que las piernas me flaqueen y me caigan de miedo las orejas, como á liebre perseguida; que los hombres me miren como á un animal y los animales me sigan viendo como á un hombre si no te reparo el caso, cuando la hora de reparar suene en tu ánima y te brinque por tu cuerpo.

MIGUELA

Bien haces, Xan, y de honrado juras, que el mal lo trae la ocasión y el bien lo remedia la honradez.

XAN

Pues de mí lo has oído. Xan de Portavella lo promete, y más que escritura de señor notario tienes en tus manos.

Y las de ella cogió, y á sus labios fueron, con tal presteza y tal ahinco, que el mozo sintió como golpe y la moza sintió como mordisco.

Pero el daño no lo sintieron. Que reía el gozo en sus ojos de iluminados, de triunfadores, de seres que viven y que disfrutan de la vida. Y en torno suyo, como si el cielo respondiera á la paz de sus espíritus y la tierra al encanto de sus cuerpos, del cielo bajaban brillares de estrellas y armonías de brisas apacibles, y de la tierra se esparcían aromas de plantas silvestres y murmullos de insectos voladores.

Y prisionera en los brazos de Xan, Miguela reía confiada, sin pensar en nada ya, ni siquiera en que había pasado de indiferente á amante, de moza á mujer, de reidora á triste y otra vez á reidora, en el fugaz volar de los minutos que dura una tocala, mientras suena la gaita...



UN FIEL AMADOR

COMO SI FUERA PRÓLOGO...

CUANDO me lo contaron, sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas...

Ahora que os lo cuento, bien quisiera que á vosotros llegara la honda impresión de la amorosa historia en que no hay más que un héroe, un corazón, y no hay más que un personaje, un fiel amador...

Y si al final vuestro espíritu no se ha conmovido, ni el alma vuestra se hermanó un momento con el alma de un hombre que, amante y amado, sufrió torturas de amor, echad la culpa al cuentista, que fué torpe al referirla, pero no os burléis de la amorosa y tierna historia de un fiel amador...

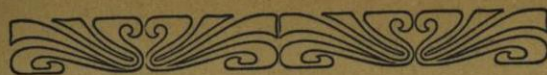
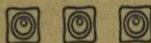
¡Cuántos, al volver atrás la vista, después de una serie borrascosa de aventuras y de amores, cuántos se encuentran con la inexplicable convicción de que no han amado nunca...!

Para los que se consideran satisfechos con las caricias pagadas, para los que no sienten ilusión

ni ternura en el instante después de haber poseído, para esos no se ha escrito mi cuento.

Para vosotros, hombres y mujeres que os habéis sentido amantes; mujeres y hombres que os lo creéis aún, para vosotros va la amorosa historia de un fiel amador.

Oidla...



CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO SE AMABAN, ESTANDO JUNTOS, MARÍA
ANTONIA Y JOAQUÍN

I

EL Cantábrico mugía imponente. La cólera de aquel mar es muy vengativa, y los pescadores, temerosos, no se atrevían á confiarse en sus estrechas barcas. Ocho días duraba ya el temporal, y aunque la pesca es el único recurso de los habitantes de aquella comarca, nadie pensaba en la temeraria aventura. Además, era inútil intentarla, porque si los hombres permanecían ociosos en la orilla, los peces huían á enormes profundidades, y las redadas resultarían estériles. Era el peligro, pero no sería nunca la ganancia.

Los pescadores juraban, desatándose en improperios contra el mar, que les negaba caprichosamente los medios de ganarse la vida, pero juraban y maldecían desde tierra.

Dos traineras se habían lanzado: ninguna volvió... Quizá estarían refugiadas en algún puerto. Quizá encontrasen ya el refugio eterno...

Y pensándolo, comentando probabilidades, los hombres volvían á maldecir...